

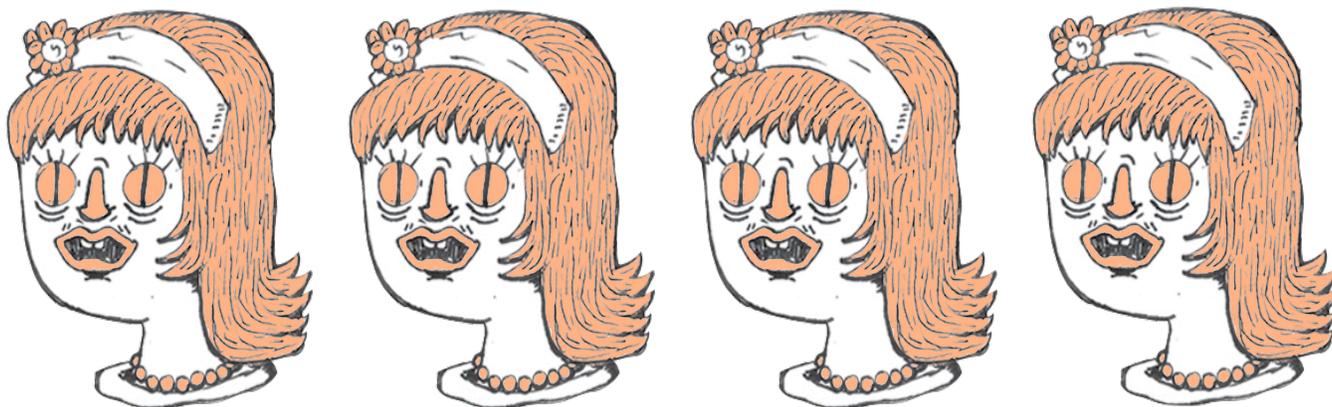
# POÉTICA DE LA TRANSGRESIÓN

◆ MARGARITO CUÉLLAR

JEIMY MARISOL MARTÍNEZ / PORCIÓN DE VOZ (FRAGMENTO, 8/100) / YESO PIEDRA, AUDIO ESTÉREO,  
BASES DE MADERA, MEDIDAS VARIABLES / 2014 / FOTO: ALESSANDRA BARAGIOTTA / DUOTONO

La palabra transgredir deriva del latín *transgredior*: no respetar, salirse de cauce, quebrantar, quebrar, vulnerar, desobedecer, ir más allá de normas y costumbres. El arte transgresor, dice Ignacio Fernández Herrero, es aquel que, yendo más allá de lo establecido, hace tambalear el concepto del arte tradicional y se convierte incluso en sinónimo de arte *shock*.

## CRISTINA PERI ROSSI DICE QUE EN LA DIVISIÓN DEL TRABAJO LA VOZ SONANTE LA LLEVA SIEMPRE EL HOMBRE, POR LO CUAL CORRESPONDE A LAS MUJERES SER LAS PRIMERAS TRANSGRESORAS.



La historia de la literatura y el pensamiento está llena de autores cuya vida y obra han ido más allá de conservar una tradición o una convención. Son los malditos, la voz disonante del coro, los transgresores. Muchas veces llamados también trágicos, perseguidos por la fatalidad, enfermos, acosados por sus propios fantasmas, locos o por lo menos raros.

Cristina Peri Rossi dice que en la división del trabajo la voz sonante la lleva siempre el hombre, por lo cual corresponde a las mujeres ser las primeras transgresoras. Cita los casos de Safo (ca. 630- 580 A. C.), Virginia Woolf (1882-1941), Sylvia Plath (1932-1963), Alejandra Pizarnik (1936-1972) y Alfonsina Storni (1892-1938). Todas suicidas. Todas con una obra cuyo lenguaje literario rebasa las fronteras de sus respectivas épocas.

Descansar de sus pensamientos obligaba a Nietzsche (1844-1900) a buscar el clima ideal cuando apenas había cumplido treinta y cinco años, la mitad de su vida. “Mis cefalalgias son muy difíciles de diagnosticar...”, escribía Nietzsche en una carta a su madre.

No son pocos los casos en que la enfermedad se vuelve un detonante de la transgresión en la obra y la vida del escritor, ya sea como tema recurrente o porque se trate de escritores que han realizado su obra en estados de salud nada favorables. Obras como *Discurso a los cirujanos* de Valery, *La enfermedad y sus metáforas* de Susan Sontag, *Ensayo sobre las enfermedades de la cabeza* de

Kant y *Pabellón de cáncer* de Solzhenitsyn han abordado el tema desde ópticas, momentos y alcances distintos.

El peso de la transgresión en los siglos pasados es de tal magnitud que figuras como Georg Christoph Lichtenberg (1742-1799), François Villon (1431-1463), Isidore Ducasse, *Conde de Lautréamont* (1846-1870), el Marqués de Sade (1740-1814), Louis-Ferdinand Céline (1894-1961), Arthur Rimbaud (1854-1891), Georges Bataille (1897-1962), Franz Kafka (1883-1924), y movimientos transgresores como el Dadaísmo, el Surrealismo y las vanguardias pictóricas mantienen un fuerte impacto sobre el arte y el pensamiento de la actualidad.

En las últimas décadas del siglo xx pareciera, con la cultura del reciclaje, que las posibilidades de la transgresión se agotan y que nada nuevo hay bajo el sol. Lo cierto es que la transgresión suele ser un mecanismo de sobrevivencia artística, un antídoto contra el olvido y hasta pose y estrategia para llamar la atención.

Caminamos sobre las cenizas de un pasado que se va convirtiendo en tradición, canon y retórica de “lo clásico”. Somos los enterradores de la transgresión y de la memoria misma. O será, como se encarga de recordarnos Fernández Herrero, que hoy la transgresión pasa por la recuperación de la norma. En todo caso, el tema me parece un buen motivo para volver la mirada hacia la obra de voces transgresoras de América Latina.



Martín Adán (Lima, Perú, 1908-1985), seudónimo de Rafael de la Fuente Benavides, ¿hasta qué grado su hermetismo poético tiene como punto de partida su entrar y salir de los manicomios, su alcoholismo y su aislamiento? Los poemas de *La casa de cartón*, publicado cuando el autor tenía 22 años, hablan de una madurez poética temprana, pero también de un primer paso al vacío. Cinco años después, aunque la poesía no lo abandonó nunca, ingresará por primera vez al manicomio, donde pasó la mayor parte de su vida.

Martín Adán publicó otros libros: *Itinerario de primavera* en 1932, *La campana Catalina* en 1936, *La rosa de la espinela* en 1939, *Sonetos a la rosa* en 1942 y *Travesía de extramuros (sonetos a Chopin)* en 1950. En cada libro un tono más oscuro, más hermético, más fugado de sí. El alcohol y la locura, razones de ser de su leyenda negra, lo fueron minando, dice Daniel Titinger en *Los malditos* de Leila Guerriero.

Martín Adán iba del alcohol a la insulina, era propenso al *delirium tremens*, vivía entre la calle, los hoteles de paso y el manicomio. Pronto la flama del joven autor de *La casa de cartón* se fue extinguiendo y apagando su espíritu transgresor. ¿Su sentido transgresor lo fue llevando de la condición de hombre a la de fantasma que intenta balbucear sus garabatos secretos?

Escribe en un texto de la etapa final:

¡Quemaré la casa paterna? ... ¡Partiré de la patria? ...  
 ¡Seré un monje en un monasterio? ...  
 ¡Me echare a marear, tatuado, barbudo, descalzo,  
 en el último de los veleros? ...  
 ¡Todo me es igual, Aloysius Acker! ...  
 Sólo tú me eres idéntico.

Alguna llama viva encontró en Martín Adán el poeta Allen Ginsberg, otro alucinado que vio en él cualidades de poeta maldito. Personalidad de ángel caído la de un poeta que amó la vida sobre todas las cosas. No murió joven, como los poetas malditos, sino de vejez y abandono. En su juventud se lanzó sin paracaídas al vacío, con los años se convirtió en un adefesio para quien la literatura es un pretexto para extinguirse de la vida.

A diferencia de Martín Adán, que tuvo solo una máscara, Porfirio Barba Jacob (Santa Rosa de Osos,

Antioquia, Colombia 1883-Ciudad de México, 1942), fue varios poetas en uno. El poeta colombiano nació como Miguel Ángel Osorio, después fue Maín Ximénez, Ricardo Arenales y, finalmente, Porfirio Barba Jacob.

“Mi enfermedad sigue avanzando. Ya no soy Barba Jacob el optimista, Barba Jacob el vagabundo, Barba Jacob el impetuoso. Ahora soy el viajero que se marcha definitivamente hacia lo desconocido...” escribe Juan Gabriel Vázquez en “Porfirio Barba Jacob, el reino estéril de las lágrimas”.

Poco quedaba ya del hombre que parecía un caballo, del poeta que rindió tributo a la dama de los cabellos ardientes y al hedonismo, que reivindicó el amarillismo periodístico y que, amparado en su cinismo, fue muchas veces una pluma mercenaria; del que solía hacerse el enfermo para dormir y alimentarse en los hospitales y escapar por las ventanas de los hoteles para no pagar la cuenta. Y que fue desterrado de varios países por su comportamiento escandaloso.

Su escritura, propia de un modernismo tardío, ampuloso y por momentos retórico, contiene versos en los que la visión del hombre se manifiesta más cerca del gozo profundo por la vida que por la queja. Escribe Barba en “Canción de la vida profunda”:

Hay días en que somos tan móviles, tan móviles  
 como las leves briznas al viento y al azar.  
 [...]

Y hay días en que somos tan sórdidos, tan sórdidos  
 como la entraña oscura de oscuro pedernal:  
 la noche nos sorprende con sus profundas lámparas,  
 en rútilas monedas trazando el bien y el mal.

Así como huía de su nombre, huyó de su natal Santa Rosa de Osos hacia Barranquilla, Bogotá, México, La Habana, Perú, Costa Rica, Nicaragua, Honduras, Jamaica, Guatemala, Nueva York, El Salvador. Círculos que recorrió una y otra vez animado por sus versos, que corresponden más bien a un modernismo tardío que al momento que vivía entonces la poesía latinoamericana; fundando empresas periodísticas efímeras, viviendo encuentros amorosos furtivos y sueños deshilvanados. Se mantiene con vida en Monterrey un periódico que fundó en 1919: *El Porvenir*, que lleva como slogan “el periódico de la frontera”.

Vagó sensual y triste por islas de su América;  
 en un pinar de Honduras vigorizó su aliento.  
 La tierra mexicana le dio su rebeldía,  
 su libertad, su fuerza... Y era una llama al viento.  
 Era una llama al viento y el viento lo apagó.

Escribe Barba Jacob en el poema “Futuro”.

Pareciera que los espíritus rebeldes e indomables son perseguidos por las catástrofes. Apenas se asienta en Monterrey en 1909, una lluvia torrencial convirtió las calles en ríos y arrasó parte de la ciudad. Caldo de cultivo para el periodista, que funda la revista *Contemporánea* y en sus páginas da cuenta de la tragedia.

Lo mismo sucede en El Salvador, a donde llega maltrecho y sin dinero para alquilar una habitación. Es internado en un hospital en calidad de “enfermo”; en la madrugada, la pequeña ciudad es sacudida por un violento terremoto y Barba Jacob sale a la calle a hacer su propia crónica de la destrucción.

Su visión sobre el oficio periodístico, contada por Juan Gabriel Vázquez, no puede ser más exacta: “Consiste en escribir muchos artículos cortos con desenvoltura comedida, opinar sobre todos los temas que uno no conoce, saber ponerse romántico todos los días de distinto modo, profesarle horror a la verdad y urdir todos los días pequeñas trampas donde caigan los lectores ingenuos, que aún quedan algunos.”

Barba Jacob fue para varios países de América Latina y el Caribe lo que es ahora para Colombia el poeta Raúl Gómez Jattin, para México Jaime Reyes y Samuel Noyola, para Guatemala Isabel de los Ángeles Ruano, para Argentina Héctor Viel Temperley y Alejandra Pizarnik; Leopoldo María Panero para España, Kafka para Praga, Mayakovski para Rusia, Vicente Huidobro para Chile, George Trakl para Austria, Paul Celan para Alemania, los poetas *beats* para Estados Unidos, El Techo de la Ballena para el Perú, los nadaístas para Colombia, el surrealismo para Francia y un largo etcétera.

Alejandra Pizarnik (1936-1972) tenía 36 años cuando tomó cincuenta pastillas de Seconal sódico. Esta vez no se trató de un intento más. Dejó una obra que crece en América Latina y se consolida en el gusto de lectores ávidos de vidas trucas y de obras como la suya, cuyo contenido refleja una sólida vocación, reñida –como dice Mariana Enríquez– un tanto con su personalidad: aficionada a las anfetaminas, obsesiva, inestable, terriblemente demandante, con problemas de convivencia y para ubicarse en la realidad.

Pese a ello, o contra sí misma, dejó una obra poética que conserva su arraigo en la poesía latinoamericana, consolidada cada vez más, sobre todo entre los jóvenes. *Extracción de la piedra de la locura*, publicado en 1969, es quizá su mayor aportación. En sus páginas Alejandra es la noche negra de su mal. No es su primer libro, en 1955 había publicado *La tierra más ajena* y en 1958 *Las aventuras perdidas*.

Escribe en el poema “Tiempo”: “Yo no sé de la infancia / más que un miedo luminoso / y una mano que me arrastra / a mi otra orilla”. Y en el poema “Exilio”: “¿cómo no me extraigo las venas / y hago con ellas una escala / para huir al otro lado de la noche?”. Y en “El despertar” “Señor / la jaula se ha vuelto pájaro / qué haré con el miedo”.

Alejandra tuvo grandes momentos. Quizá los más altos sean cuando vivió en Francia, donde tuvo contacto con Cortázar, Paz y los intelectuales europeos del momento. Su trabajo fue respaldado por las becas literarias más importantes, la Guggenheim y la Fullbright. Pero como la mayoría de los espíritus errantes, no podía con ella misma.

### III

¿Qué pasa con la obra literaria del transgresor? ¿Crece? ¿Se apaga con el mismo furor con que sus autores asumieron la existencia? Barba Jacob es hoy un mito en México y Colombia, una leyenda negra,

**¿QUÉ PASA CON LA OBRA LITERARIA DEL TRANSGRESOR? ¿CRECE? ¿SE APAGA CON EL MISMO FUROR CON QUE SUS AUTORES ASUMIERON LA EXISTENCIA? BARBA JACOB ES HOY UN MITO EN MÉXICO Y COLOMBIA, UNA LEYENDA NEGRA, AUTOR DE CULTO.**

